

CAFE GIJON

PAGINA LITERARIA DE PUEBLO

CONVERSACIONES BAJO PALABRA DE HONOR

CON ANTONIO BUERO VALLEJO

EL cuarto de trabajo de Buero Vallejo está bañado de luz que entra a través de unos vidrios blancos. No hay nadie en él. Buero debe estar en el baño. Mientras llega, nosotros nos entretenemos en ir viendo muebles y biblioteca desde nuestro asiento. Todo tiene un buen orden, una simetría como de oficina importante, todo está muy limpio y muy bien cuidado. No hay nada que desentone ni nada que deslumbrase.

Sobre la mesa de trabajo hay programas de teatro, de exposiciones de pintura y carpetas llenas de papeles. En las paredes, tres cuadros pintados por él mismo, agradables a la vista, magníficamente conseguidos.

La biblioteca tiene libros de pintura y de teatro, las dos actividades de Buero. En un rincón hay caballetes y lienzos manchados.

Aparece por fin Antonio Buero Vallejo, muy corval, sentándose frente a nosotros. Buero tiene aire de violinista melancólico que trabaja solamente por las noches en un cafetueño de mala muerte. Es distinguido; es lo que se llama un caballero español; es como ese violinista virtuoso que no tiene dinero, pero que lleva un anillo grande de oro con su escudo de armas.

También posiblemente le haya quedado algo de su pasado de pintor descontento.

—Estudié dos años en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando; entonces vino la guerra y lo dejé definitivamente. Era una profesión que cada día enfriaba más en mí.

—Yo no sé cómo sería su ambición.

—Quizá demasiado grande.

—Al abandonar la pintura, ¿qué hizo usted?

—Luché mucho conmigo mismo. Yo me veía vacilar por caminos inciertos. La literatura me gustaba, y ya antes, cuando la pintura era mi intención consciente, recuerdo que hice algún modesto ejercicio, pero en privado. Al quemar naves escribí un ensayo sobre Gustavo Doré, que se publicó como epílogo al "Viaje por España", de Daviller, que lleva las ilustraciones de Doré. Esto fué en 1949.



—¿Cómo decidió dedicarse al teatro?

—Porque a mi modo de ver era el género que más me gustaba y el que yo veía que era mi afición verdadera.

Buero Vallejo le da vueltas al cenicero de cristal con la mirada perdida, como proyectándola en su pasado.

—Del año 1946 a 1949 escribí varias obras, que se estrenaron después del Premio Lope de Vega. De esa época son "Historia de una escalera", "En la ardiente oscuridad", "Las palabras en la arena" y dos o tres más que no se han representado por estar censuradas por mí mismo.

—¿Quiere usted hablar de su comedia "Aventura en lo gris"?

—Pensé estrenarla en el Infanta Beatriz, pero luego hemos prescindido de ello por una serie de razones. El asunto se desarrolla en un pueblo cercano a la frontera, en país imaginario, recién derrotado.

La conversación gira ahora hacia su última obra, "Madrugada", de la cual Buero Vallejo está, naturalmente, muy contento.

—Antes que "La máscara", de Cayetano Luca de Tena, la había aceptado el Reina Victoria, pero nos volvimos atrás por ambas parte.

—La crítica le señalaba a usted una posible influencia de Priestley.

—El capítulo de influencias y

presuntas imitaciones no falta nunca, y, naturalmente, hay razones para ello, sobre todo cuando una obra tiene éxito. Entre las obras y entre las técnicas siempre hay parecido, porque una actividad literaria no se desarrolla en pura soledad.

—¿Qué opina usted de la crítica en España?

—Creo que a la crítica le ocurre lo que al teatro: tiene cultivos excelentes y cultivadores no tan excelentes.

La conversación vuelve a girar hacia "Madrugada", que se ha estrenado en Barcelona.

—¿En qué se diferencian los dos públicos: el madrileño y el catalán?

—Creo que sí existe esa diferencia, y es precisamente en la manera de reaccionar. El madrileño es más apasionado; el catalán, más sereno, aunque no por esto deje de manifestar intensamente su adhesión a una obra que le agrade.

—¿Se nota la falta de Maruja Asquerino en la compañía?

—Maruja Asquerino había estado muy bien en su papel de "Madrugada". Cuando se ensayó, nos dijo que tenía un compromiso firme en América, donde debería asistir a un festival cinematográfico. Ahora, en Barcelona, está Elena Salvador, que es una de las primeras actrices españolas. Yo me felicito de haberla traído y porque halla sido con mi comedia su reincorporación a la escena española.

—¿Está contento de la acogida que tuvo la comedia en Barcelona?

—Desde luego, aunque la noche del estreno tuve un gran disgusto. El reloj, que, como usted sabe, es un personaje más, se paró a los cuatro minutos de alzarse el telón. Hubo que tocar desde dentro como las campanadas de una torre y enmendar algunas frases sobre la marcha. Al final del acto el reloj continuó funcionando. Fué una cosa muy rar.

—Pues, sí, fué muy rara cosa; tiene usted razón.

Desde lo alto de la escalera, Buero Vallejo saluda con la mano como desde la borda de un transatlántico que se hiciera a la mar.

Marino GOMEZ-SANTOS